

se nos ofrezca, siempre que ella no entrañe compromiso político alguno por nuestra parte.

Creo necesario anotar que el conducto que usted habrá de utilizar para ponerse en relación con nuestro Cuartel General y personalmente es el de nuestro Representante General ante América Latina, señor Froylán Turcios.

Nuestros Delegados en Misión Especial, señores Coronel Francisco Estrada y Juan Gregorio Colindres pondrán en sus manos la presente, iniciando usted las actividades inherentes a la Representación.

Con los sentimientos de nuestra consideración especial los es sumamente grato reiterarnos suyos, afms. y S. S.

Patria y Libertad.

A. C. Sandino.

(Sello Oficial y autógrafo).

Guatemala, 9.—Un cable de La Unión dice que por este puerto han embarcado con di-

rección a Honduras, para de allí buscar rumbo a Nicaragua, varios jovencitos que van con el propósito de servir a las órdenes de Sandino. Uno de ellos es Carlos Zepeda, estudiante de tercer año del instituto nacional de El Salvador. Zepeda, escribió a su padre diciéndole: «Todos hablan y nadie hace nada positivo en favor de Sandino. He tomado la determinación de ir a servir al héroe, pues ya hace tiempo que había pensado en eso y me decidí cuando una noche usted dijo: que iría a ayudar a Sandino si fuera solo. Yo, gracias a Ud., he aprendido a ser hombre y no me asustan las penalidades de la campaña. Mañana embarcaremos para San Lorenzo y de allí iremos a Choluteca».

También llegaron con el mismo objeto de embarcarse buscando el campamento de Sandino los jovencitos Antonio Boza y Atilio Gutiérrez. El uno de 15 años y el otro de 16.

(La Idea. Quezaltenango)

Noticia de libros

Música Sencilla. Poemas en prosa de BLANCA MILANÉS

No basta con que Costa Rica viva en paz civil y progrese más o menos aceleradamente para que merezca la unánime estimación extranjera. Cabe recordar aquí que este país ha logrado extinguir el caudillaje, que es rezago de barbarie, y el analfabetismo, que es el oprobio de tantas naciones de Europa y América. Las ideas han fincado allí su soberanía lícita. Sin embargo, hácese también necesario, indispensable, que con su literatura justifique perentoriamente su rango de nación culta. Los libros han sido en todas las edades los más altos exponentes y la más fiel comprobación de la cultura substancial en un pueblo. Pocos libros, en verdad, se publican en Costa Rica anualmente. Aunque esto es censurable, casi resulta una virtud, puesto que así no ostenta, por lo tanto, la fecundidad vergonzante de lo mediocre, que tanto abunda en España, en la Argentina, etc. Esta carencia de libros ¿implica falta de escritores o transunta parco pudor estético? No creo sea indicio de esterilidad mental, sino un innato prurito de buen gusto de sus intelectuales. Fenómeno más significativo en este país. Los pocos libros que se publican corresponden en su totalidad a nuevos valores literarios. Los autores «consagrados», para bien de ellos mismos, se abstienen de publicar. Con lo cual ganan en prestigio, en estimación otorgados por el tácito olvido de los nuevos; y, en fin, piadosamente nos privan de leer sus mamarrachadas actuales. Hacen bien en permanecer alejados en sus hornacinas de

silencio. Nunca mejor que ahora han demostrado su sapiencia. Estos señores venían dándonos el panorama de una Costa Rica literaria extraviada en un extemporáneo y adulterado clasicismo. Como si dijéramos, viviendo aún en la época del mirriñaque, ceñida aún por el corsé de barillas de ballena de la retórica.

¡Lástima que los jóvenes costarricenses publiquen tan poco, los jóvenes, que son los únicos que tienen derecho a publicar abundantemente, hasta el exceso! No cuentan con periódicos ni revistas,—si exceptuamos el *Repertorio Americano*— donde entrenarse categóricamente. ¿Acaso es que no sienten la necesidad de actuar en este ring espiritual? Y sin embargo, este ejercicio es el único que prolonga nuestra resistencia y a veces nos salva del knock-out del anquilosamiento, la chochez, el academicismo. No olvidemos que hay que lavar mucha arena para que queden unas pocas pepitas de oro. Sabido es también que sólo dando tropiezos se aprende a andar con soltura, con firmeza, con seguridad. Tropezar en caminos tortuosos, accidentados, es indispensable, casi necesario. En cambio en una llanura resulta hilarante. El arte, en sus plurales manifestaciones, es camino de lo más accidentado, peligroso. Por consiguiente, los primeros pasos implican caídas ineludibles. Esto lo tolera ampliamente el arte de vanguardia. Porque sabe que toda tentativa es un afán de superación. Pero cuando se llega a la senda lisa, trillada, la de lo clásico, de lo académico,

¿cómo disculpar un tropiezo, más aún, una caída? Por eso los seudoclásicos, los pseudoacadémicos usan inseparablemente la muleta del ripio, del lugar común, para simular firmeza en el paso.

Vivimos un inminente renacimiento artístico. A pesar de las alaracas pusilánimes de los loros-dómines que predicán reacción desde los cuatros puntos cardinales, con su treta utilizada no alcanzan a sofocar la voz enérgica de los jóvenes, y el arte nuevo, quiera que no, impónese en el mundo entero. ¿La juventud costarricense se alistará en las filas vanguardistas? ¿O se mantendrá, en solapada expectativa y a pesar de su imperativo de juventud, sin atrever a lanzarse por los toboganes de las inquietudes del día, como diría Ramón de Basterra? Enfoquemos uno de los noveles intelectuales costarricenses: Blanca Milanés. Su obra no responde, en ninguno de sus aspectos, a las modalidades de esta literatura revolucionaria. Pero tampoco es una obra vulgar. Hay en *Música Sencilla* cualidades intrínsecas que merecen estimación. A pesar de su estructura rutinaria, carece de inertos retóricos, pero no alcanza tampoco una justa sencillez. (Sencillo lo conseguido con los menos elementos; es decir, lo neto, lo apuntado, lo sintético, lo justo. Juan Ramón Jiménez). Su prosa ondula con la gracia y levedad de un tallo florecido. No tiene la comba de la rama cargada de frutos. Esta gracia y levedad consti-

tuyen el encanto más femenino de los poemas de Blanca Milanés. Las posibilidades que hay en esta mujer para ser un gran escritor resaltan sin esfuerzo en éste su primer libro. Ha seducido el gusto artístico de Blanca Milanés el género literario que Baudelaire consideró como la máxima expresión y forma de la prosa lírica; y, según Oscar Wilde, el de más difícil realización: el poema en prosa. En castellano ha tenido escasos cultores. *El canto perdido* del argentino Pedro Miguel Obligado, es una de las tentativas de poemas en prosa mejor lograda en estos últimos años. En Costa Rica hay pulcros antecedentes de este género literario en el libro *Para los gorriones* de Rubén Coto. ¿Puede afirmarse que Blanca Milanés logra una cabal interpretación del poema en prosa? Los apólogos incluidos en *Música Sencilla* trasuntan cotidianas enseñanzas morales y a veces adquieren el carácter de exaltaciones patrióticas, como en *La raíz y el gusano*. A veces también su filosofía, que se acendrará con los años, resume una suave melancolía que se manifiesta en ocasiones irónicamente, como en muchos de sus *Granos al viento*.

Por último, *Música Sencilla* está ilustrado con dibujos de Solano. Las ilustraciones sí que merecen franco reparo. Los dibujos no alcanzan a interpretar el espíritu de los poemas. Solano carece de imaginación. Su lápiz tiene trazos demasiado anacrónicos, rudos.

Eduardo Uribe

Buenos Aires, 1928.

La literatura de Costa Rica acaba de ser enriquecida con un elevado y nuevo libro de poemas en prosa, arrancado con manos acariciadoras de la naturaleza y de la vida. Su autora es Carlota Brenes Argüello, una joven e inteligente escritora costarricense, conocida y apreciada en las letras con el sonoro pseudónimo de Blanca Milanés.

Música Sencilla, es uno de los libros más bellos, fluidos y hechiceros de la cultura femenina indo-americana. Sus poemas son trozos de naturaleza y son pedazos de vida, de excelsa belleza espiritual. Literariamente este libro rumoroso de Blanca Milanés constituye una rotunda victoria intelectual y artística no solamente personal, sino de la capacidad estética e ideológica de nuestra mujer, en su despertar revelador.

Hace poco tiempo que Blanca Milanés viene escribiendo, haciendo de la prosa su predilección literaria y haciendo del poema en miniatura deliciosa su amor artístico. Blanca Milanés, la risueña pastora de Costa Rica, labra el verbo con la misma genialidad con que Benvenuto Cellini cincelaba el oro de

sus célebres joyas. Primorosa y sensitiva orfebre de la palabra y de la emoción es Blanca Milanés, rítmica y sugerente. Sus primeras producciones las leí, con mucho agrado, en las páginas del ilustre *Repertorio Americano*, una de las revistas de más sólido prestigio intelectual en la literatura indo-americana.

Sus poemas—esos poemas vividos de *Música Sencilla*—pueden muy bien compararse con los poemas en prosa del sutil Amado Nervo y de la serenísima Lucila Godoy (Gabriela Mistral...) ¡Cuánta sencillez y cuánta alma, cuánta armonía y cuánta emotividad hay en esos poemas de Blanca Milanés, tan vivos y tan dulces y tan delicados como los que escribiera el errátil Francisco de Asís, bajo los follajes de la Umbría y cerca del regazo de la fraterna abadesa Clara.

Acostumbrado a recias y hondas emociones, tanto carnales como espirituales, la lectura de *Música Sencilla* fué para mí como paréntesis de paz y de sonrisas puras, como una ebriedad de frescores entre los vendavales que sobrellevo.